

Dra. Josefa Novales Santa Coloma

Dra. Obdulia Rodríguez

Con profundo dolor me corresponde, por múltiples razones, comunicar que el día 9 de abril de este año, a las 10 de la noche, dejó de existir la doctora Josefa Novales Santa Coloma, dermatóloga, dermatolepróloga y, sobre todo, dermatopatóloga reconocida nacional e internacionalmente.

Hace algunos años, la Sociedad Mexicana de Dermatología dedicó varias de sus sesiones para dar a conocer algunos aspectos de la vida personal y profesional de algunos de sus integrantes más destacados, por lo que me pidieron hiciera el homenaje para Josefa. Con gusto y con agradecimiento acepté participar; con gusto, porque lo consideré totalmente justificado y con agradecimiento por la oportunidad que me dio la directiva de la Sociedad de manifestar públicamente, en ese entonces como directora del Centro Dermatológico Pascua, el reconocimiento de esta Institución por la labor ininterrumpida, generosa e incansable que durante 47 años había desarrollado en ella la doctora Josefa Novales Santa Coloma como dermatolepróloga, jefa del Laboratorio de Dermatopatología y maestra del curso de posgrado.

Josefa Novales nació en Naucalpan, Estado de México, el 27 de octubre de 1926; sus padres fueron Juan Novales y Celedonia Santa Coloma; ambos eran originarios de una población denominada Valle de Mena, perteneciente a la provincia de Burgos, en Castilla la Vieja, España.

Su padre llegó muy joven a México, se dedicó al comercio, primero en el negocio de algunos parientes y posteriormente por su cuenta; cuando fue autosuficiente y capaz de sostener una familia, regresó a Valle de Mena, se casó con la señora Celedonia y volvió a México. Tuvieron seis hijos: dos varones, Brígido y Crescencio, y cuatro mujeres: Josefa, Aurora, Amparo y Milagros. Don Juan deseaba que todos fueran profesionistas, pero los hombres prefirieron dedicarse, igual que su padre, al comercio; en cambio, de sus hijas, dos, Aurora y Milagros, fueron químicas, Amparo fue abogada y Josefa fue médico.

La doctora Novales realizó sus estudios en esta ciudad. La primaria la cursó en la Escuela Progreso, la secundaria en la Secundaria Diurna núm. 2, la preparatoria en San Ildefonso y sus estudios profesionales los realizó en la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM. Presentó su examen profesional los días 10 y 11 de agosto de 1951; el título de su tesis fue Vacunación de Mantoux en el Valle del Yaqui, Sonora.

Poco tiempo después, a fines de 1951, obtuvo el nombramiento de Dermatoleprólogo con adscripción al Centro Dermatológico Pascua; fue entonces cuando la conocí. En aquel tiempo el personal de la institución era reducido y el maestro Latapí acostumbraba que cuando llegaba un nuevo médico estuviera una temporada

con alguno de los que ya teníamos allí algún tiempo, para que se familiarizara con la manera de trabajar de la institución; a la doctora Novales le tocó estar conmigo. La recuerdo como fue siempre: inteligente, estudiosa, muy trabajadora, seria y respetuosa.

Permaneció en el Centro Dermatológico Pascua hasta agosto de 1952, pues en septiembre de ese año marchó a España porque había obtenido una beca del Instituto de Cultura Hispánica para hacer estudios de posgrado en Dermatología con el profesor José Gay Prieto, en el Hospital de San Juan de Dios de Madrid, en donde, además, se preparó en Dermatopatología con el profesor Rodríguez Puchol. En octubre de 1953 tuvimos la oportunidad, en ocasión del VI Congreso Internacional de la Lepra, de encontrarnos con ella en Madrid.

La doctora Novales regresó a México y al Centro Dermatológico Pascua en 1954; desde entonces, y hasta 1969, trabajó oficialmente en él. Después, por incompatibilidad de horario con la plaza que tenía en el Instituto Mexicano del Seguro Social, durante 17 años lo hizo de manera voluntaria. A partir de 1987, al jubilarse del IMSS, de nuevo trabajó oficialmente, hasta el 1 de mayo de 2010, como jefa del Laboratorio de Dermatopatología del Centro Dermatológico Pascua. Josefa fue uno de los pilares de esta Institución y, en mi opinión, si no la mejor Dermatopatóloga del país, sí fue una de las mejor preparadas.

En el párrafo anterior escribí acerca de su gran preparación, pero diré más. Josefa no fue una dermatopatóloga improvisada ni una advenediza, porque gracias a su inteligente dedicación a esta rama tan importante de la Dermatología, poseía un sólido discernimiento de la misma. Contribuyó, entre otras cosas, al mejor conocimiento de la histopatología de la lepra difusa, al diagnóstico histológico de las micosis profundas, en particular de los micetomas; y en los últimos

tiempos, junto con su discípula más destacada, la doctora Gisela Navarrete, estudió las micobacteriosis atípicas y demostró la naturaleza fímica de las tuberculosis micronodulares de la cara, diagnosticadas en muchas ocasiones como rosáceas o como dermatitis rosaceiformes.

A todos nos consta su particular modestia, aun cuando asistió a numerosas reuniones nacionales e internacionales, en muchas de ellas como profesora de los cursos precongreso y, aunque viajó a los cinco continentes, no solía hacer alarde de ello.

Josefa Novales fue siempre una persona con gran calidad profesional y humana, generosa no sólo en lo material, sino también en lo intelectual, pues jamás se negó a enseñar a quienes mostraban interés por aprender. Muchos médicos pasaron por el Laboratorio de Dermatopatología del Centro Pascua, al principio de manera informal, y desde 1997 ya como alumnos de la subespecialidad en Dermatopatología, de la que ella fue la primera profesora titular.

Como persona fue una mujer muy completa; no era feminista, era femenina; sabía guisar, coser, cuidar de su arreglo personal y también cómo divertirse. Era exigente con los demás porque lo era con ella misma; los alumnos de posgrado, sobre todo los que tenían poco interés en formarse, pueden pensar que era dura y difícil de tratar, pero a quienes tenían el deseo de ser mejores les consta que no era así, porque cuando la trataban fuera de la actividad profesional encontraban que era acogedora y que sabía, sin perder su dignidad, estar cerca de ellos.

Josefa y yo compartimos, dentro y fuera del Centro, momentos muy agradables y otros que no lo fueron tanto; en todos ellos siempre puso por encima de su interés personal el de las instituciones en las que se formó o a las que perteneció, como la Asociación Mexicana

de Acción contra la Lepra, A. C. y la Sociedad Mexicana de Dermatología, a la que ingresó en 1957 y que presidió en tres ocasiones.

Josefa era la mayor de las cuatro mujeres de su familia y quería, como es habitual en una familia cristiana, entrañablemente a sus hermanas. En 2006, la más joven, Milagros, enfermó y murió de cáncer el 26 de mayo; esto afectó grandemente a Josefa, quien nunca fue una mujer enfermiza, pero su salud empezó a declinar; tuvo un cuadro de hipertensión del que afortunadamente salió.

Se jubiló el 1 de mayo de 2010 y poco tiempo después tuvo otro cuadro de hipertensión que se complicó cada vez más, hasta su muerte. Fue atendida con amor y cuidado por sus hermanas.

Debo terminar, pero no quiero hacerlo sin agradecer nuevamente a la doctora Novales por su lealtad, su laboriosidad y su amor a la Institución en donde nos formamos, y como persona, tanto a ella como a sus hermanas, los detalles de amistad y afecto que siempre me han dispensado. ¡Que el Señor la tenga muy cerca de él!